

santo y llegado a su patria enseñó a la juventud de Oxford los encantos del «Val d'Arno». Este hombre que casi hizo religión de la belleza, es el ejemplo más admirable que puede seguir un país idealizado. De su Inglaterra brumosa llegó a Italia luciente, como a ella van los peregrinos de todas las tierras, los que buscan un poco de gracia para sus espíritus sedientos. Y Ruskin que amara las «piedras de Venecia» y las «mañanas de Florencia», hizo del cementerio pisano el estudio más admirable que se conozca. El prado se llena de su nombre, y, a ratos, parece que su voz se ha de oír, como en Oxford, enseñando...

Volvemos al prado. Ni una persona ni un rumor. De pronto un pordiosero se nos ofrece para acompañarnos a la Catedral. Fabricio dióle una moneda y el pordiosero, sin agradecer la caridad, fué a echarse airadamente a la sombra del Duomo.

La torre impone a nuestra simpatía la gracia de sus líneas. Se nos ocurre que su prodigiosa inclinación implica una enseñanza: el buen sentido quisiera su caída, pero la torre no piensa caerse. Así es, a veces, nuestra ilusión

y nuestra esperanza, amiga de la torre y rival del buen sentido...

En el Baptisterio podéis admirar el púlpito de Nicolás Pisano, semejante a una urna y sostenido por columnas que reposan sobre el lomo de tres animales. Ruskin supone que el Pisano sabía mejor que Darwin que en ellos reside la base misma de nuestra vida. Si tal fué la creencia del artista, su obra colocada en el Baptisterio es una genial irreverencia. En la parte superior del púlpito un águila que ha vencido su presa simboliza, acaso, la derrota del vicio.

Cuando caía la tarde volvimos al prado, ennegrecido por la noche próxima. La sombra envolvía las cuatro bellezas, como cubriéndolas de un manto protector; el cementerio pareció sumirse en el silencio; el Duomo ocultóse en la obscuridad, mientras su cúpula se iluminaba del primer rayo de luna.

Y la torre quedó desafiando al buen sentido...

Julio Noé

Tomado de la revista *Nosotros*.

Los derechos de los hijos

De los nuevos estudios salen continuamente teorías nuevas. Mientras la sociedad pagana dejaba perecer inexorablemente a los niños débiles o contrahechos, la *piEDAD* de la sociedad cristiana ha conseguido prolongar para los niños enfermos, a menudo incurables, tanto en lo físico como en lo moral, una vida que es un tormento continuo para las pobres criaturas y para quienes las rodean. En la sociedad que no quiere abolir la guerra ni la pena de muerte, la vida humana no es aún lo suficientemente respetada para que se pueda, sin responsabilidad alguna, dejarla apagar cuando está llena de desventuras. Pero cuando la verdadera *piEDAD* sea el único instrumento de muerte, el médico tendrá el derecho de acabar, sin dolor y bajo su responsabilidad, con las existencias desdichadas. Y por lo

contrario, esta misma sociedad cristiana conserva entre los hijos legítimos y los ilegítimos, una diferencia tal, que contribuye más que cualquiera otra injusticia a hacer imposible un verdadero concepto moral de los deberes de los padres. Mientras toda criatura no tenga los mismos derechos respecto a su padre y a su madre, y cada padre y madre no tengan los mismos deberes para con sus hijos, faltará la piedra fundamental de la moral futura acerca de las relaciones entre hombre y mujer.

Llegará el día en que la forma, no menos que las manifestaciones del sentimiento amoroso, serán consideradas como cosa absolutamente individual y privada. Los amantes, los esposos se considerarán y serán considerados como libres. Ya hoy en día las promesas que empeñan los sentimientos y